

Organización social del trabajo de cuidado durante la pandemia Estudio de caso en jóvenes politécnicos del NMS del Instituto Politécnico Nacional.

Social organization of care work during the pandemic Case study in young polytechnics of the NMS of the National Polytechnic Institute.

Silvia Ochoa Ayala*

Unidad Profesional Interdisciplinaria de ingeniería y
Ciencias Sociales y Administrativas. Instituto Politécnico Nacional
Calle Te 950 Granjas México, Iztacalco 08400 Ciudad de México. México
sochoaay@ipn.mx

Recibido 15, abril, 2022

Aceptado 02, julio, 2022

Resumen

El trabajo de cuidado en una labor cotidiana que es realizada en buena parte por mujeres, es invisibilizada al no ser reconocida como productora del bienestar humano, su función es la preservación de la vida entretejiendo la reparación, el mantenimiento, la colectividad y el ambiente para sostener la vida (Tronto, 2013). En el periodo de confinamiento por pandemia, la convivencia doméstica develó parcialmente el esfuerzo y valor que conlleva, observándose la integración juvenil en las labores de sostenimiento del bienestar familiar. En el cuidado, la categoría Género atraviesa la estructura ideológica con la cual se interpretan los roles de hombres y mujeres, lo que imbrica las actividades relacionadas a dichos roles. Durante el confinamiento las actividades fueron realizadas de acuerdo con las necesidades cotidianas rompiendo en muchos casos con estereotipos establecidos. El objetivo de este estudio es el análisis de la organización social del trabajo en que los jóvenes participaron, identificando la descolocación que manifestaron respecto al cuidado y al género. A través de la narrativa juvenil retomada de entrevistas a profundidad, 10 jóvenes, 5 hombres y 5 mujeres, dieron cuenta de su experiencia cotidiana frente a los estereotipos de género y su recuperación del concepto de trabajo de cuidado.

Palabras clave: Estudiantes técnicos, Cuidado, Configuraciones Sociales, Cotidianidad, Pandemia.

Abstract

Care work is a daily task that women largely perform, it becomes invisible by not being recognized as a producer of human well-being; its function is the preservation of life by interweaving repair, maintenance, collectivity, and the environment to sustain life (Tronto, 2013). During the pandemic confinement period, domestic coexistence partially revealed the effort and value it entails, with youth involvement in sustaining family well-being becoming apparent. In caregiving, the category of Gender crosses the ideological structure with which the roles of men and women are interpreted, which imbricates the activities related to these roles. During confinement, activities were carried out according to daily needs, often breaking established stereotypes. The objective of this study is to analyze the social organization of the work in which young people participated, identifying the dislocation they expressed regarding caregiving and gender. Through the narratives of 10 young people taken from in-depth interviews, 5 men and 5 women gave an account of their daily experiences in relation to gender stereotypes, and their understanding of the concept of care work.

Keywords: Technical students, Care, Social Configurations, Daily life, Pandemic.

INTRODUCCIÓN

De acuerdo con Tronto (2013), el cuidado es todo lo que hacemos para continuar, reparar y mantener el mundo, para vivir lo mejor posible; el cuerpo, la colectividad, el ambiente, entre otros actantes, entretejen una amplia y compleja red para sostener la vida. Este amplio conjunto de actividades constituye el denominado trabajo de cuidado (Battyany, 2015), el cuidado o propiamente los cuidados se llevan a cabo en distintos ámbitos, como la definición sostiene, se trata de dar continuidad a la vida desde el entorno respetado, el mantenimiento y la reparación, el autocuidado y la atención a la colectividad. El enfoque cuestiona al sistema neoliberal que prima la hiperproducción y el consumismo, la cosificación de las personas y el anclaje patriarcal de estas labores dirigido a las mujeres principalmente.

Este trabajo ha sido históricamente designado a las mujeres bajo el régimen de la división sexual del mismo, el orden social patriarcal bajo la construcción dicotómica privado-público, ha colocado a las mujeres en los espacios privados, delegando en ellas la carga de las labores domésticas (trabajo de cuidado indirecto) y de otras actividades que sostienen la vida como son: la atención emocional, la atención al crecimiento saludable de hijos y el bienestar de las demás personas que habitan el hogar (trabajo de cuidado directo), incluido el aspecto material. El cuidado ha sido vinculado a la femineidad como parte de una supuesta esencia/naturaleza; es decir, como parte de la construcción social que signa a las mujeres como cuidadoras naturales. Considerando el cuestionamiento de Tronto, la labor signada a las mujeres es sostener la vida a través de los vínculos sociales y materiales con que cuentan, desde ahí, las desigualdades dan paso a una mayor cantidad de tiempo empleado por las mujeres en el trabajo de cuidados no remunerado.

La asimetría política en los países latinoamericanos coloca a los seres ubicados fuera del andrós en franca desventaja, el tiempo ocupado para el trabajo no remunerado es significativamente mayor, principalmente para las mujeres con pequeños que atender (42 horas semanales respecto a 15 horas de los hombres. Filgueira y Martínez, 2019). La atención a jóvenes y ancianos sumado a las obligaciones laborales de quienes trabajan fuera de casa hace que las mujeres cubran trayectorias de viaje poligonales que les llevan mayor cantidad de tiempo y esfuerzo; agreguemos, además, la exigencia de mostrar actitud positiva, ser pulcra e higienizante y ser amorosa, todo en un periodo que, con altibajos en cuanto a la intensidad, obligan a las mujeres a sobreexplotar (se) con los recursos disponibles (Federici, 2018; Pineda, 2019).

Objetivo general

Analizar la organización social del cuidado y sus circuitos a partir de la narrativa juvenil, enfatizando las prácticas de trabajo de cuidado durante el confinamiento producido por la pandemia del COVID-19, además de las creencias que los jóvenes han construido respecto al trabajo de cuidado y su relación con el género.

Objetivos particulares

- Identificar las características contextuales de los jóvenes entrevistados
- Identificar el concepto de género que han internalizado y su relación con las percepciones que expresan sobre las características femeninas y masculinas que conlleva.
- Identificar las actividades de cuidado que han realizado los jóvenes durante el confinamiento.

- Analizar el discurso de los jóvenes respecto a las creencias sobre el cuidado como constructor de representaciones de género.

Marco teórico

En cuanto a la organización social del trabajo, coincido con la propuesta del diamante del cuidado (familia, mercado, estado y comunidad) que Eleonor Faur (2014) y Valeria Esquivel (2013) retoman de Razavi, pero siguiendo su cuestionamiento, encuentro que el diamante presenta manifestaciones diversas, no se presenta equilibrado ni uniforme, se ve atravesado por las desigualdades múltiples que dotarán de configuraciones distintas a cada organización, creando nodos intermedios en que este diamante se puede presentar. Me inclino por pensar más en una red interrelacional que puede asumir otras configuraciones y que además se adapta a los cambios posibles en cuanto a las desigualdades múltiples. Un nodo de esta red permanece generalmente estable: el orden social que sedimenta desigualdades entre hombres y mujeres.

Como actores y actrices del trabajo de cuidado, también se encuentran en la red interaccional los jóvenes, que, siendo menores de edad, acompañan las tareas de cuidado en casa y fuera de ella. Entre otras labores que pueden ser la ayudantía en el trabajo de ambos padres, principalmente en el trabajo informal, también colaboran en casa con el trabajo de cuidado directo e indirecto. Entre los jóvenes se presentan desigualdades genéricas, siendo las jóvenes quienes ocupan mayor cantidad de tiempo en las actividades de cuidado.

De acuerdo con un estudio realizado por Gutiérrez et. al (2021) con datos correspondientes a 2015 sobre cuidadores jóvenes en México, se aprecia que 77.2% de los menores de 12 a 17 años, tiene la primaria completa y que 22.8% tiene secundaria incompleta. Esto significa que estos cuidadores tienen una escolaridad máxima de primaria terminada. A su vez, el mayor porcentaje de menores que no estudian es mujer (55.6%) y 44.4% son hombres. En cuanto a la zona de residencia, 61.3% habita en zonas urbanas; mientras que 38.7% está en zonas rurales. La mayor parte de los menores cuidadores que no estudian son solteros, aunque hay 5.3% que está en unión civil. Por otra parte 100% de aquéllas que se encuentran estudiando son solteras. 91.2% de quienes no estudian son los nietos de las personas adultas mayores a quienes cuidan. Estos mismos autores afirman que el costo del abandono escolar por parte de los menores es de 1 112 179 210 pesos, cifra importante pero que no sitúa el impacto social que conlleva para la calidad de vida de los menores y sus oportunidades laborales futuras, esto sin contemplar las desigualdades múltiples que también atraviesan la situación específica de los menores cuidadores. Los datos presentados por estos investigadores, develan el impacto del trabajo de cuidado en los jóvenes mexicanos donde buena parte vive en el entorno citadino y podría acceder a mejores servicios, se observa la continuidad de la asimetría entre géneros y la falta de continuidad en la escolarización siendo relevante en las jóvenes. Esta población presenta también espacios de invisibilidad y la asignación del término nini que más tarde retomaré. Por otra parte, durante el confinamiento, el cuidado ha encontrado espacios de visibilidad como no se había presentado antes (Ochoa,2021), las actividades juveniles de cuidado también van tomando lugar visible en los circuitos de cuidado que a continuación retomaré desde el enfoque de Nadya Araujo Guimarães (2019).

Los circuitos de cuidado son una categoría intermedia que busca dar cuenta de la heterogeneidad que se manifiesta en lo cotidiano del trabajo de cuidado, además de permitir mirar la diversidad, también posibilita identificar patrones de relación relevantes para analizar los modos en que las actrices (fundamentalmente mujeres) imbrican su agencia para configurar las redes de interacción que dan soporte al trabajo de cuidado y como se realiza el proceso de su retribución. Un aspecto importante en la propuesta de Nadya Araujo Guimarães (2019), es la relevancia de los significados del trabajo y las

tensiones emanadas de las disputas por el reconocimiento/lugar social que a través del trabajo se van ganando los actores y actrices del mismo. La autora ha identificado en su disertación 3 tipos de circuitos: el circuito denominado de servicios, el de amor-obligación y el de ayuda. Por otra parte, también propone el análisis de los circuitos considerando la imbricación de 4 dimensiones: 1) El análisis de los significados que se proporcionan al trabajo realizado, 2) La identificación de los actores y actrices que intervienen como aptos para realizar este trabajo, 3) Los tipos de relación social que se establecen sean mercantiles o no, y 4) Los medios de retribución pactados, pagos o no pagos.

Retomando el circuito de servicios donde se ha hecho un tanto más visible el aporte del cuidado, se ha transitado por muchos claroscuros que definir y trabajar, pero que jurídica y socialmente va ganando lugar como producto de la lucha por parte de las trabajadoras domésticas y otras trabajadoras del cuidado. Estas luchas han mostrado zonas de conflicto incluso entre mujeres, cuyas asimetrías en la malla interseccional, contribuyen a la lucha por los escasos lugares de reconocimiento que se abren. Considerando las tensiones emergentes, identificamos mujeres que afrontan desigualdades complejas que las subsumen en la opacidad de sus actividades. En el caso mexicano, una gran cantidad de jóvenes indígenas permanecen en las partes más invisibles de la malla interseccional estudiada por Mara Viveros, (2016), sufriendo las desigualdades más crudas, son ellas las que tienen la escolaridad más baja en el país, las más jóvenes son tratadas como moneda de cambio, justo por ser jóvenes y tener menos recursos sociales. Así, las jóvenes pobres e indígenas a menudo son explotadas para las labores domésticas y de apoyo al cuidado, bajo el argumento de que: “son tan ignorantes que se les debe capacitar para todo, incluso para lo que deben saber ya (por ser mujeres)”, las jóvenes son mal pagas ya que en ocasiones los padres o hermanos, las conducen a los hogares de servicio y son ellos quienes cobran el salario que les proporcionan. Varias no hablan español fluido, lo que limita aún más sus posibilidades de independencia en los espacios ciudadanos. Estos círculos de inequidad y violencia se enlazan generando de manera interseccional desigualdades muy difíciles de vencer (Viveros, 2016) que oscurecen el valor del trabajo de cuidado. Las políticas públicas han intervenido en la legislación del trabajo doméstico, pero aún el trabajo de las cuidadoras no se ha hecho visible del todo, veladamente se subsume el cuidado al trabajo doméstico, como parte de la misma obligación laboral.

El segundo circuito que nos indica Nadya Araujo Guimarães (2019), es el circuito de la obligación, donde el amor y la obligación se mezclan para consolidar un trabajo de cuidado puertas adentro con la seguridad de que habrá una mujer dispuesta a realizar trabajo de cuidado correcto, si no quiere tener el estigma de ser mala persona o mala madre. De acuerdo con Sara Ahmed (2014), las políticas de los afectos van (en) cerrando las emociones femeninas para luego volverlas en su contra, por otra parte, la autora también nos muestra a las emociones como motores de cambio, como fuerza que promueve la denuncia y la agencia ante las injusticias. En este circuito, el amor se vuelve una suerte de prisión por la obligación que lo acompaña. En el caso juvenil, el argumento es la obligada reciprocidad que los jóvenes deben a sus padres y madres, vista como retribución a los cuidados ya recibidos, en el caso femenino se enlaza con el orden social que el patriarcado ha definido.

En México la formación heredada de madres a hijas para llevar a cabo este circuito encarna en las madres supervisando constantemente el “Buen trabajo de las hijas y/o nueras” vigilando que el circuito se cumpla adecuadamente. Esta supervisión jerarquiza los lugares femeninos tanto en las labores domésticas como en los trabajos de cuidado directo. Es en este circuito donde los jóvenes hombres toman lugar, ocupando lugares y funciones específicas en colaboración con la jefa de familia. Más adelante abundaré sobre el tema.

En el tercer circuito también el más invisible, es el de la ayuda. Entre vecinas, familiares muy lejanos y amigas de la infancia, existe solidaridad para apoyar a las mujeres que requieren apoyo en el cuidado;

un ejemplo son los núcleos que la religión católica ha organizado con brigadas de mujeres, generalmente adultas y adultas mayores para que auxilien a las personas mayores que mantienen disfuncionalidad motriz entre otros casos de abandono social. La ayuda entre vecinas y otras mujeres permite las actividades laborales, de atención emergente y de conformación de organizaciones informales que se apoyan en el bien común. Algunas organizaciones trascienden la provisión inmediata de espacios de cuidado, para constituir iniciativas barriales locales de economía social y solidaria (Fournier, 2017) que proporcionan no sólo cuidado y educación sino la conformación de microeconomías autorreguladas que el estado no es capaz de proveer; su incidencia muestra la agencia visible de luchadoras sociales, mujeres y algunos hombres que conforman un importante nodo de crecimiento económico.

Es aquí donde quisiera detenerme un poco y comentar que he identificado durante la pandemia el intercambio a través del trueque, mecanismo económico ancestral en mi país. Aquí las mujeres desempleadas ofrecen servicios y productos a cambio de otros servicios y productos a través de las redes sociales y de personas conocidas. Lejos de ser un espacio de condescendencia es una forma de intercambio entre conocidas y no conocidas. En estas actividades también los hijos participan, particularmente los jóvenes en la mensajería y las jóvenes en la selección de productos y comercialización, cuando se trata de intercambiar bienes. En el caso del cuidado, son las jóvenes las que son auxiliares del cuidado directo (trabajo encomendado por las madres), en tanto que los jóvenes mantienen su función como mensajeros y/o proveedores de bienes, al igual que en los servicios que requieren cierta fuerza como cargar botes de basura o cestos pesados de ropa. En este circuito, por una parte, los jóvenes son parte obligada por parte de los padres ya que se argumenta sobre el compromiso ineludible que tienen con otros familiares y/o amistades/clientes y por otra, la recompensa económica que acompaña estos servicios, recurso que es administrado generalmente por la madre. En el siguiente apartado me centraré en explorar las condiciones juveniles que permitirán observar el lugar social de los jóvenes y la posible articulación de ellos en los circuitos de cuidado.

De las juventudes

Los estudios recientes sobre juventudes muestran las tensiones que envuelve la categoría juventud. Desde el punto de vista desarrollista los estudiantes en cuanto jóvenes, han sido leídos desde una mirada situada en la fijeza y la naturalización, como grupos estandarizados, homogéneos, como cuerpos con desarrollo incompleto, mente inmadura, con pocos derechos y susceptibles de ser disciplinados acorde a los modelos adultocéntricos prevalecientes. Autores como Carli (2012), Chaves (2005), Feixa (2010) y Reguillo (2000) proponen la incorporación de nuevas formas de conocer las lógicas, las estéticas y las culturas juveniles, que nos permitan desnaturalizar la idea de los jóvenes en abstracto, empleando referentes empíricos que apoyen la construcción de la complejidad de las juventudes. De acuerdo con Chaves (2005) la condición juvenil cruza en la sociedad actual por el “gran no”, como incapacidad preestablecida por condición etaria, por considerar que los jóvenes no cuentan ni jurídica ni socialmente con los “requisitos” para tomar decisiones. Esto se refleja en la negación de derechos jurídicos para los jóvenes, así como la creencia de que no son capaces por ser menores de edad y, por lo tanto, no cuentan con los elementos necesarios para funcionar por sí mismos en sociedad.

Rossana Reguillo (2007) propone la revisión profunda de la categoría joven la cual, como todas las categorías, no es neutral, conlleva un sentido político para quien es signado, en este caso: los jóvenes. En varias aproximaciones, se ha estudiado desde lo marginal, desde la disidencia o del empobrecimiento. Los jóvenes asimilados no habían recibido tanta atención desde su posición de sujeto juvenil vulnerable productivo (Reguillo, 2010).

La postura de incompletud marginaliza a los jóvenes que no cumplen con los estándares de lo esperado y/o permitido, ubicándolos en el no lugar de la juventud “problemática”. Esta mirada pretende visualizar a las juventudes como construcciones planas, llanas y uniformes (como grupo etario fijo), sin considerar al sujeto juvenil, descalificando su agencia. Hugo, alumno de sexto semestre del NMS relata su experiencia personal:

Los principales problemas con los que se enfrenta un joven es el rechazo por parte de algunos adultos, pues estos no comprenden del todo que ya eres un miembro funcional de la sociedad y no te ven como igual, y cuando esto se hace notar, se te niegan algunas actividades y responsabilidades. La falta de oportunidades es otro de los problemas que enfrentamos, pues al solicitar trabajo, principalmente, éste se te niega por que los adultos no te creen capaz de realizar algún tipo de actividades, y aún te creen irresponsable de tus actos, y... solo se excusan con que no tienes experiencia. (Juan, 18 años, alumno, junio 17 de 2021).

Pensar a los jóvenes en términos históricos, en grupos identitarios y en subjetividades juveniles permite aproximarse a la complejidad de la experiencia juvenil en el contexto social y al conocimiento situado.

Para Rossana Reguillo (2007), los incorporados como parte de un sector social juvenil, juegan un papel histórico y de poder en la sociedad mexicana; no viven tensiones sólo entre instituciones educativas, sino que también son agentes sociales que buscan su lugar, pese a que las propias instituciones pretenden in-corporarlos en sectores específicos. Otros cuerpos resisten poco o no lo hacen, cumpliendo con el modelo juvenil aceptado. Los cuerpos juveniles se colocan en distintos espacios acorde a los movimientos sociales y se hacen visibles como estudiantes, ninis, como trabajadores, como parte de alguna tribu urbana o quizá como parte de la informalidad laboral. Con el confinamiento, los vínculos sociales en presencia se han desdibujado, sólo se han mantenido algunos muy cercanos como son algunos noviazgos y amigos próximos en distancia. Incluso los familiares han permanecido lejanos. Otra forma de relación se ha construido a través de las redes cibernéticas, el off line y el *on line*, dan ritmo a la comunicación implementando en la red otras formas vinculares, inclusive del cuidado emocional entre pares. La posición juvenil subalternizada, los hace participar en los circuitos como apoyo para quienes toman las decisiones; no obstante, pervive un margen de agencia un espacio de acción juvenil a manera de protesta en ciertos casos, a manera de corresponsabilidad en otros. La construcción incipiente de autonomía se fortalece en la medida que los jóvenes se interrelacionan con los demás y actúan para modificar a su ritmo el entorno.

En el siguiente apartado incluyo algunas notas sobre el género y algunas de sus representaciones sociales, categorías que apoyarán la explicación sobre las prácticas de cuidado durante la pandemia y su influencia sobre las creencias relacionadas a los roles femenino-masculino que acompañan al trabajo de cuidado tanto directo como indirecto.

Representaciones sociales sobre género y trabajo de cuidado

Por otra parte, las representaciones sociales (RS) estructuran y son estructuradas por formaciones subjetivas tales como: opiniones, actitudes, creencias, imágenes, valores, información y conocimientos (Perera, 2012). Las Representaciones sociales circulan, se cruzan y se cristalizan sin cesar en nuestro universo cotidiano trayendo consigo la identidad, la cultura y la historia de un grupo de personas, es la forma en la que los sujetos aprehenden los acontecimientos de la vida diaria, las características del medio ambiente y el conocimiento del sentido común (Bruel dos Santos, 2009). Este conocimiento se constituye a partir de la experiencia, de la información y conocimientos que se transmiten a través de la educación y de la comunicación social. Los procesos de comunicación social juegan un papel elemental

en la construcción de un universo consensuado, pues nos remiten al ámbito de las relaciones de influencia y de pertenencia social, determinante en la creación de las representaciones (Gómez y Pino, 2016).

Un proceso que interviene en la construcción de las RS es la identificación, que es definida por Laplanche y Polantis como el proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de este. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones. Estos autores en su trabajo acerca de la sexualidad como una seducción generalizada sostienen que a lo largo de la vida se realizan múltiples identificaciones de género, eso significa que el género en el orden de los sujetos es múltiple. Sin embargo, el género no tanto como identificación sino como representación, es binaria y está estructurada genitualmente, es decir a partir de la diferencia sexual al nacer (Laplanche y Polantis, 2015)

La importancia del estudio de las RS de género radica en hacer visible las creencias, los valores, los supuestos ideológicos que se establecen, con base en las diferencias biológicas, la adscripción diferenciada de características y roles sociales que sitúan a hombres y mujeres en posiciones distintas. El concepto género pone de manifiesto la relación desigual entre mujeres y hombres en cuanto sujetos sociales. La asimetría de poder entre hombres y mujeres y que hemos revisado a través de la posición del cuidado, nos da cuenta de cómo la división sexual del trabajo da lugar a una organización social del mismo. La construcción simbólica de la feminidad cuyo ámbito se encuentra dentro del hogar, ha sedimentado la representación social del cuidado en la feminización del mismo, de tal forma que el trabajo de cuidado al ser signado como femenino se contrapone a la construcción de lo denominado masculino. Las actividades femeninas han sido signadas como parte de la naturaleza femenina, por lo que los hombres se ven distanciados de ellas a riesgo de feminizarse, contemplando que dislocarían su posición de privilegio. Los jóvenes aprenden a identificarse con la irresponsabilidad privilegiada que observan de los varones con quienes conviven e introyectan el sistema de creencias que sobre las mujeres se maneja en su entorno, por otra parte, también las jóvenes asumen la posición y actividades que se han signado desde esta división sexual del trabajo en la diada patriarcal privado/público.

Reconociendo que el trabajo de cuidado, particularmente el no remunerado se desarrolla en buena parte dentro del hogar, se ha observado durante la pandemia algunos cambios en las prácticas domésticas relacionadas a las actividades de cuidado de los jóvenes. Durante el confinamiento los hermanos mayores -principalmente- han participado activamente en el trabajo de cuidado sea en el trabajo afectivo (hermanos pequeños o abuelos) y/o en el trabajo de limpieza, mantenimiento y alimentación además de la atención a las labores escolares de los hermanos más jóvenes. Esta situación derivada de que ambos padres trabajan o pertenecen a hogares monoparentales, conlleva cambios en los roles y actividades que tradicionalmente habían sido llevadas a cabo por las madres y otras mujeres dentro del hogar. En este trabajo indagaré algunas creencias que acompañan el trabajo de cuidado signado como femenino, además de las tensiones que los jóvenes han identificado sobre las mismas.

MÉTODOS Y MATERIALES

METODOLOGÍA

A través de un estudio previo (Ochoa, 2021) sobre cotidianidad juvenil en la pandemia que fue llevado a cabo con jóvenes pertenecientes al nivel bachillerato del Instituto Politécnico Nacional México, identifiqué 10 casos, 5 hombres y 5 mujeres que realizan trabajo de cuidado directo e indirecto durante más de 25 horas. semanales y cuyas edades fluctúan entre los 14 y 16 años. Se llevaron a cabo

entrevistas a profundidad que dieron cuenta a detalle de las actividades de cuidado desarrolladas durante el confinamiento, las narrativas juveniles describieron los vínculos establecidos con sus familias, a través del trabajo de cuidado. Por otra parte, también se indagó sobre las creencias respecto al trabajo de cuidado y la construcción de los roles de género. A continuación, describiré los hallazgos dispuestos en rubros para dar cuenta de los objetivos propuestos para este trabajo.

DISCUSIÓN

Los testimonios de los jóvenes participantes, da cuenta de cambios importantes en la posición que sobre el género han integrado, sus cuestionamientos y argumentos hablan sobre la inconformidad y malestar sobre el binarismo y violencia patriarcal que han observado en su entorno y vivido en casa. Además del cuestionamiento anterior, encontré preguntas sobre la validez del género, la no aceptación de los roles tradicionales y sobre todo en las mujeres la indignación por las desigualdades, condición primaria para la búsqueda de los cambios de acuerdo a Ahmed (2014)

Los circuitos del trabajo de cuidado propuestos por Nadia Araujo Guimarães, encuentran en el rubro amor-obligación un espacio de explicación para las acciones de cuidado por parte de los jóvenes, ya que durante sus entrevistas, narran la responsabilidad que asumen al atender a hermanos pequeños, como apoyo a sus padres que al trabajar fuera de casa son expuestos a los contagios, la reciprocidad es el vínculo con el cuál ellos devuelven los recursos que sus padres y madres aportan para el mantenimiento de la vida. Han aprendido durante la pandemia a colaborar, aunque en algunos casos a regañadientes.

Las representaciones de género se encuentran atravesadas por tensiones y contradicciones, tanto en las prácticas como en los discursos que los mayores y otros agentes como los medios de comunicación, aportan para la construcción de creencias, hábitos y juicios sobre los roles de género y la concepción del mismo. Encontramos tanto en las jóvenes como en los jóvenes, experiencias diversas respecto a la cotidianidad. Las prácticas que se llevan durante la pandemia mostraron la incorporación juvenil en distintas actividades relacionadas al trabajo de cuidado indirecto y de algunos padres. Las creencias de los padres no son compartidas por los jóvenes quienes cuestionan las representaciones sociales de género tradicionales indicando que son ideas poco inteligentes e injustas para las mujeres. La violencia psicológica tiene lugar en las prácticas y la usurpación del tiempo de estudio de las jóvenes tanto en el trabajo indirecto como en el directo, particularmente en este último. En los relatos pude identificar la tendencia de asignar el trabajo de cuidado directo a las jóvenes, situación que refleja la naturalización de lo femenino como parte de las habilidades para el cuidado.

En cuanto a los hogares donde ambos padres trabajan, la carga se manifiesta-al menos en el discurso juvenil- como más equitativa, el sesgo de género es desdibujado por la necesidad distributiva de un tiempo limitado, actividades laborales y de acuerdo a Tronto el sostenimiento de la vida.

Pude notar que en buena parte de los casos, los jóvenes refieren experiencias de otros hogares cuando narraban hechos violentos y discriminatorios, este discurso puede encerrar un mecanismo de defensa para distanciarse de estos actos dentro de la familia por una parte, por otra, la organización social de sus familias siendo atravesadas por la fractura de ideas tradicionales, han disminuido -al menos en parte-, el impacto de una educación homogeneizadora, dando paso a formas diversas de entender y practicar el trabajo de cuidado.

Encuentro que el estudio de Gutiérrez sobre los jóvenes cuidadores, da cuenta en ciertos casos presentados aquí, sobre las desigualdades que se hacen visibles con el trabajo de cuidado en jóvenes como la carga mayor a las jóvenes, la imposición de actividades que extralimitan los tiempos dedicados a la escuela y la sobrecarga de responsabilidad que subjetivamente los jóvenes expresan como temor a equivocarse o no cuidar adecuadamente.

De acuerdo con el relato en las entrevistas, el malestar juvenil se expresa frente a las prácticas de dominación masculina por parte de los padres de manera más abierta que antes del confinamiento, esto concuerda con los estudios de Javier Pineda y Karina Batthyány donde identificaron la mayor visibilidad del trabajo de cuidado en la convivencia intrafamiliar, al igual que los riesgos y desigualdades genéricas que han emergido con mayor crudeza durante el confinamiento.

RESULTADOS

I Contexto juvenil

El plantel que brinda formación a los participantes se encuentra localizado en Calzada Ermita Iztapalapa 3241 Sta. María Aztahuacan. Iztapalapa, "Lugar de los que tienen garzas" es su nombre mexicana original. Frente a la escuela inicia el ascenso a una de las minas de tezontle más grandes de la ciudad: las peñitas, lugar con cuevas y variaciones topográficas varias, muy cerca se encuentra el Cerro de San Miguel Teotongo y la salida a la carretera federal México-Puebla. Hacia el poniente se encuentra el Cerro de la Estrella, lugar emblemático por la dramatización de la crucifixión. Los jóvenes participantes acuden en buena parte desde la zona conurbana oriente de la ciudad, 30% de ellos vive en el Oriente de la Ciudad de México y 70% en la zona conurbana del Estado de México. Cuentan entre 14 y 16 años de edad y cursan actualmente el Nivel Medio Superior en el Instituto Politécnico Nacional en el área de ciencias fisicomatemáticas. El ingreso mensual promedio con que cuentan sus familias los ubica en el cuarto decil de ingresos que remite a ciertas desigualdades relacionadas a servicios domésticos y de transporte entre otras. 18.2 % de los jóvenes trabajan fuera de casa, los horarios que cubren son muy diversos comprendiendo entre 5 y 30 horas. semanales. Las jóvenes no trabajan fuera de casa. La configuración familiar comprende 60% familias nucleares, 23% familias extendidas 2% sólo vive con el padre y 15% sólo con la madre como jefa de familia. El tiempo promedio que se ocupan en las labores domésticas es de 25 horas. semanales; en dos casos las jóvenes llevan a cabo el total del trabajo doméstico. El trabajo de cuidado directo que asumen es principalmente el cuidado de hermanos pequeños. En cuatro casos atienden a las abuelas, en estos casos son específicamente las jóvenes quienes cuidan a las personas mayores y en el 75 % de los casos también atienden mascotas y plantas.

II Concepción juvenil sobre género y algunas de sus representaciones

El género ha sido definido de acuerdo con Serret (2011) como un organizador significativo de las sociedades humanas tradicionales y contemporáneas, que se construye culturalmente acorde a la diferencia sexual y que es un sistema primario de relaciones de poder que atraviesa la historia y la cultura. Es importante hacer notar que la categoría género ha sido sometida a una gran cantidad de interpretaciones no siempre afortunadas, y que persisten en relacionar al género con definiciones incompletas y/o sólo identificadas sólo con las mujeres. Por esta razón, es necesario puntualizar su complejidad. Serret distingue tres niveles para el análisis del funcionamiento de la distinción genérico-binaria feminidad/ masculinidad.

El primer nivel es denominado género simbólico, y da cuenta de las concatenaciones de signos que conforman cadenas de significados y que cambian su orden para dar lugar a otros significados. El orden simbólico como unidad, se presenta en forma de parejas simbólicas: el ser acompañado siempre del no ser, del límite, de la alteridad, de la diferencia, de lo que no se es, en este caso masculinidad en distinción de lo que no es, es decir feminidad. La feminidad es el margen, es el conjunto de características que no son masculinas, es la negación de lo masculino. La dinámica libidinal de construcción de la cultura coloca la masculinidad como central e inteligible: el hombre actúa aquí como el sujeto deseante, carente y lo femenino como: a) objeto de deseo, en tanto completud b) objeto de temor, en que el sujeto desaparece y c) objeto de desprecio, porque delimita a lo otro, puede convertirlo en ser subalterno (Serret, 2011)

El segundo nivel denominado género imaginario social, se establece basado en la diferencia sexual de los cuerpos. En actos performativos, los hombres son los seres humanos que actúan los significados de la masculinidad y las mujeres las personas que actúan los significados de la femineidad. En las sociedades occidentales modernas los varones representarán la centralidad, el prestigio, el poder y lo público, en tanto que las mujeres ritualizarán complejos valores de género como lo deseado y lo temido, así como la opresión de la dominación. Las formas en que se presentan las características de los hombres y las mujeres son distintas según la historia y la geografía, la clase y la raza, entre otros ejes. El género imaginario social es la forma común y consensuada en que los hombres y las mujeres se presentan ante los demás, en una posición situada. Es por ello que cambia acorde a las costumbres y consensos además de las propuestas de resistencia emergentes, pero que en el fondo conservan el orden simbólico primario. El género imaginario construye identidades. Nótese que lo femenino no es exclusivo de las mujeres, sino también de aquellas otras personas que no entran en el concepto eurocéntrico de masculinidad hegemónica: homosexuales, afrodescendientes, infantes, comunidad queer.

El tercer nivel se constituye con el género imaginario subjetivo, cuya función es establecer la propia voz ante el género imaginario. Es la interpretación de las normas genéricas que la cultura impone, para mediar con las necesidades individuales, la forma en que cada persona resuelva el binomio masculino-femenino, vinculándose con las formas socialmente establecidas, pero no mecánicamente, sino con agencia para marcar su identidad genérica, establecer la diferencia sexual y su posición frente al deseo.

El género imaginario subjetivo es un espacio siempre fluido que origina identidades, que se construye discursivamente, pero además in-corpora las decisiones que respecto al género se toman. Contiene contradicciones y posibilidades, y es lo que permite, entre otro tipo de agencias, que las manifestaciones diferentes y disidentes disloquen el imaginario y lo cuestionen o que también lo mantengan. Siguiendo a Hortensia Moreno, concuerdo en que:

Es en el cuerpo donde siempre se expresa la identidad; donde podemos leerla como un hecho encarnado, material y perceptible. El cuerpo, como vehículo comunicativo, es el recipiente y el portador de los códigos simbólicos, de los sistemas imaginarios, de los órdenes discursivos. Leemos el cuerpo como un amasijo de signos de identidad; es ahí donde captamos cada indicio, cada señal, cada rasgo, cada detalle de los significado de ser persona. (Moreno, 2011: 123)

El cuerpo es el espacio objetivo y subjetivo donde confluyen la historia, la cultura, el discurso y la encarnación de todo esto como último límite. El género en el cuerpo puede entenderse desde tres dimensiones específicas que Citro y Gómez (2009) plantean desde tres espacios interrelacionados de apropiación cotidiana. Primeramente, el género se materializa en la corporeidad, se encarna en un cuerpo material que se moldea social y subjetivamente. En segundo término, toma su lugar en la producción de espacios específicos generizados y establecidos como apropiados para los géneros, es decir, en palabras de Citro, se especializa. La tercera dimensión se refiere a la construcción discursiva con que se representa y se promueve lo que es "Femenino" y lo que es "Masculino" desde esquemas de división, producción de identidades y relaciones de poder.

A través del análisis del discurso de los jóvenes, identifiqué el concepto de género que han introyectado hasta el momento, así como algunas creencias, roles atribuidos a los géneros y estereotipos que acompañan las representaciones de género.

El concepto género que han expresado algunos jóvenes se encuentra asociado al sistema sexo-género, donde ubican la diferencia biológica como la base para diferenciar y nombrar el género femenino y masculino.

Es el conjunto de características de los seres vivos como los hombres y las mujeres, que lo que hace que los distinguen son los aparatos reproductores, en algunos casos, el género también tiene que ver con la orientación de algunas personas (Adriana, alumna, 15 años)

Para mí el género es término técnico específico en ciencias sociales que alude al conjunto de características diferenciadas que cada sociedad asigna a hombres y mujeres. (Saúl, alumno, 15 años).

Por otra parte, los jóvenes manifiestan otros ángulos de mirada donde sostienen cuestionamientos sobre el binarismo relacionado al género, indican matices al respecto y remiten a experiencias que toman desde lo cotidiano para dar cuenta de la diversidad. Aquí siguiendo la propuesta de Serret (2011), el género imaginario e imaginario subjetivo posibilitan la concepción descolocada del binarismo y la universalidad encuentra entre los jóvenes ponentes que expresan puntos de vista diversos en que muestran una posición distanciada del binarismo en que fueron educados dentro de sus familias:

Actualmente existen muchos tipos de géneros, algunos ejemplos son el género fluido, no binario etcétera ...pueden ir desde creencias, actitudes y valores establecidos por la sociedad por esto mismo pueden cambiar y no siempre son los mismos. (Dylan,)

A veces pienso que el género no existe, es decir, tú puedes decidir quién quieres ser y no deberíamos dejarnos orientar por nuestros órganos sexuales, ya que solo son partes externas y físicas, así que para mí el género es aquello con lo que te identificas, sin importar el exterior. (Any, 16 años)

Los hombres se creen superiores a las mujeres. Pero en lo personal yo no creo que esta idea tonta sea cierta, porque yo conozco a una tía mía que es militar y hace las mismas cosas que hace un hombre, por ejemplo, ella me cuenta que le dan un arma para atrapar a los rateros o a los narcos (Juan, 15 años).

Encuentro en estos jóvenes que el concepto género se ha descolocado de las creencias sobre la fijeza binaria, las representaciones sociales de género se han modificado entre este grupo de jóvenes que como veremos más adelante, también identifican en su entorno la presencia de prácticas y creencias sobre desigualdad genérica que rechazan como válidas. Es decir, la construcción conceptual de género en buena parte de los jóvenes estudiados es atravesada por el cuestionamiento, el rechazo ante la injusticia provocada por la desigualdad y la violencia. Por otra parte, la fluidez de la que hablan los jóvenes remite a la propuesta de Butler en cuanto a la performatividad del género, incluso al cuestionamiento de su existencia.

III Trabajo de cuidado juvenil

Al inicio de la pandemia la relación intrafamiliar no resultaba armónica del todo, las y los jóvenes refieren diferencias y pleitos territoriales con los hermanos, presas del insomnio y horarios no controlados, ellas y ellos se han sentido solos y ansiosos¹. La añoranza por las amistades escolares no es lo primero que admiten, sino la ruptura con su rutina diaria, la sorpresa del encierro ha jugado diversas formas de entender los tiempos y los espacios. El reencuentro con los integrantes de la familia es atravesado por la reubicación de los tiempos de uso para los dispositivos con que se contaba en casa, la presencia en los lugares disponibles del hogar para las demás actividades y la participación en la vida doméstica sea en los quehaceres, en la elaboración de alimentos y el encuentro con habilidades no exploradas anteriormente.

¹ Crary (2015) advierte sobre la sobreexigencia prepandemia a trabajar 7/24 y el trastocamiento del tiempo de sueño, en este período la percepción subjetiva del tiempo es inestable, una parte de las y los jóvenes no han estabilizado horarios afectando su ritmo circadiano.

El cuidado del cuerpo ocupó para otros un lugar especial, el ejercicio y la alimentación cuidada son actividades que antes no habían considerado con la intensidad de hoy, los chetos y las papitas fritas ya no son la alternativa para el desayuno. Adriana narra el descubrimiento de la chef que hay en ella, Juan canta mientras toca la guitarra y Amy crea coreografías con su música preferida.

Las actividades de cuidado indirecto, integran actividades domésticas y de mensajería; en el caso de los jóvenes todos realizan esta labor al igual que hacerse cargo de la basura, cargar objetos pesados, auxiliar a los hombres de casa en las reparaciones del hogar, barrer y trapear dentro de casa y lavar los trastes, todos admiten que estas actividades son de apoyo a la madre y afirman ser equitativos en casa, sin embargo el tiempo empleado por las jóvenes es mayor en un 30 %, situación ya indicada por las autoras referidas en la introducción. Para las jóvenes las compras y los mandados son actividades que los hombres de la casa llevan a cabo, no así el trabajo de cuidado directo. Las jóvenes entrevistadas afirman el cuidado de hermanos pequeños en cuanto a la alimentación y la atención a las tareas escolares. 4 de ellas atienden y acompañan a las abuelitas al menos 3 días a la semana, dos de ellas cuidan de tiempo completo incluso a la madre convaleciente. La carga de trabajo que las jóvenes asumen en casa es considerable; no obstante, afirman que, con el ingreso a la escuela, los padres y madres disminuyen las responsabilidades que les asignan. Estas jóvenes comentan la importancia que tiene el trabajo de cuidado para la familia y para la vida, identifican los aspectos emocionales y creencias sobre la corporalidad. La mirada de los jóvenes ha cambiado respecto a la opinión que presentan frente al trabajo de cuidado. El circuito que Nadya Araujo Guimarães nombra obligación, en los jóvenes se convierte en sublimación de la misma, a través del sentimiento de amor, protección, empatía, sensibilidad y reconocimiento de valía. Esto no significa que algunos omitan su sentir respecto al tiempo que ocupan en estas obligaciones y el decremento del tiempo para la escuela además de la sobre carga emocional y de responsabilidad que representa.

De acuerdo con Nadia;

Es un trabajo un tanto pesado porque conlleva muchas responsabilidades para con la otra persona, ya que, si la persona se llegara a enfermar o le pasara algo, sería tu responsabilidad por no haberla cuidado bien. (Nadia, alumna, 14 años)

Por otra parte, Dylan aporta su pensar y sentir respecto a este trabajo:

El trabajo de cuidado me parece que es generoso, porque no solo tienes que ver por tu bien, sino por el de los demás, regalar de tu tiempo para cuidar de otros. Aunque también es cansado y a veces irritable porque para hacer un trabajo como ese se requiere de paciencia y empatía, pero cuando realmente lo haces por aprecio, el cansancio es lo último que importa. (Dylan, alumno, 15 años).

En relación con las personas que los jóvenes consideran más aptas para realizar el trabajo de cuidado, se muestra la búsqueda de experiencia y responsabilidad, no así de algún género específico ya que consideran que tanto hombres como mujeres son capaces. Mario considera al respecto que:

Los adultos o personas capacitadas para ello son los más capaces puesto que saben qué hacer en ciertas ocasiones y tienen más experiencia... dependerá de la persona y no por su género. (Mario, alumno, 16 años)

Por otra parte, Adriana considera que, en el cuidado directo, se presenta cierta diferencia relacionada con el género desde las creencias sobre el cuidado corporal y la etapa de vida:

Si hay diferencia, a veces es necesario ya que, por ejemplo, si son personas adultas se apenan cuando una persona del género opuesto tiene que realizarles su limpieza personal. (Adriana, alumna, 15 años)

Por otro lado, el reconocimiento de la necesidad de capacitarse para desarrollar el buen cuidado del que nos habla Tronto también tiene lugar en el discurso juvenil:

...hay personas que no tienen la paciencia para cierto tipo de cuidados. Podría ser una enfermera o personas que hayan tomado un curso sobre ello. Yo creo que para el trabajo del cuidado se necesita una persona capaz de poder cuidar de sí mismo ya que en este reside el cuidado de algo o alguien, también que cuente con experiencia y que tengan una cierta edad para que pueda concientizar. (Saúl, alumno, 15 años)

IV El trabajo de cuidado como constructor de representaciones de género

En este apartado, busco dar cuenta de los cambios producidos en el discurso sobre género a través de la experiencia cotidiana en la práctica del trabajo de cuidados durante la pandemia. La narración juvenil muestra dislocaciones en cuanto al mandato hegemónico relacionado con los roles de género en las prácticas de trabajo de cuidados, en que las mujeres son las principales participantes. El trabajo como condición de cotidianidad, reorganizó la participación juvenil, los jóvenes indican que sus labores fueron equitativas entre hijos e hijas. Sin embargo, encontré en el discurso contradicciones y tensiones que mostraban actitudes que mantienen el orden social. Así Juan afirma la colaboración e incluso, la construcción de redes de comunicación interpersonal más cercana.

La verdad es que no, todo lo contrario, todos aportamos y colaboramos con labores de la casa en cuestión de importancia tampoco, ideas y sentimientos salieron a flote ahora que convivimos más seguido todo el tiempo. (Juan, alumno 15 años).

Por otra parte, Saúl narra el desencuentro con su madre en relación con las actividades de cuidado indirecto, donde afirma que su madre le ha regañado constantemente porque no le gusta el resultado de su intervención en estas labores. La madre de Saúl, (sin tener conciencia de ello) parece afiliarse al circuito de amor-obligación en donde sus actividades deben conservar una ejecución casi perfecta, para considerarse una buena cuidadora de casa.

La razón de porque mi mamá sigue haciendo las labores domésticas en casa es porque ella cree que lo hacemos mal y mejor prefiere hacerlo sola. Ella cree que es un deber de las madres. (Saúl, 15 años)

La distancia producida por las desigualdades generacionales contribuye con el sostén de la ideología sobre las diferencias de género en el trabajo de cuidados, la insistencia por parte de los abuelos por mantener los roles de género tradicionales del cuidado, fricciona la posición de Paola respecto a estas actividades, al indagar sobre la postura de sus padres, Paola comenta que tanto su padre como su madre no prestan importancia al discurso de los mayores y le indican a la joven que ya son personas mayores y que piensan distinto por lo que debe “seguir la corriente” para evitar discusiones ya que ellos no comparten estas ideas. No obstante, este discurso repetitivo que ha resultado molesto para Paola no encuentra cuestionamiento ni límites abiertos en casa. Nos refiere Paola:

Pff, pondré como ejemplo a mi familia, no tanto por parte de mis padres, pero sí de mis abuelos ya que ellos también viven con nosotros y es que “las mujeres sirven para limpiar” “por qué tu hermano debe de limpiar si tiene dos hermanas” “tantas mujeres en esta casa y no la pueden mantener limpia” “por qué tu abuelito debe lavar su taza si hay mujeres en la casa?” etc. Puedo seguir con frases de este tipo todo el día... (Paola, alumna 15 años)

La violencia doméstica ha tomado rehenes en casa, en México, se ha incrementado notablemente en los hogares, siendo las mujeres y los niños los principales afectados. Durante la pandemia el número de llamadas al 911 denunciando violencia intrafamiliar dirigida a las mujeres, ha incrementado en el

55%². La casa durante el confinamiento lejos de ser un hogar se ha convertido en una trampa no sólo para las mujeres, sino para jóvenes, niños y niñas violentadas. La violencia de todo tipo siendo una condición preexistente para muchas mujeres se ha exacerbado, la falta de recursos, el hacinamiento y la vulnerabilidad, encontraron en este espacio confinado un nicho para el dolor femenino y de los demás seres dependientes. En el caso de nuestros informantes, la violencia física no fue identificada, pero la violencia psicológica en cuanto tensión, cambios de humor y exigencias si fue relatada, en el caso de Nadya se presenta relacionada a la exigencia por la ejecución de los trabajos de cuidado:

Durante la pandemia las cosas que vivo se han vuelto demasiado tensas, el trato por parte de la pareja de mi madre se ha vuelto un comportamiento muy grosero y últimamente ha priorizado los deberes de la casa (lavar, barrer, etc.) y ha dejado a un lado que yo estudio y tengo tareas por hacer y me deja haciendo todos los deberes. (Nadya, 14 años).

La participación paterna es esporádica en algunos casos, en otros como es el caso de Any, es nula, la posición de poder masculina se dibuja en la narrativa. En el caso de Mario, la expresión de minusvalía femenina que se infiltra en la subjetividad de las mujeres es relatada por el joven, que posteriormente afirma no estar nada de acuerdo con estas ideas ya que perjudican la formación y las metas femeninas. Siguiendo la propuesta de Araujo y Sumiko (2011) el circuito del amor-obligación, encontramos con el relato de Nadia la enseñanza impuesta de las madres a sus hijas sobre la reproducción de la sumisión y el papel femenino en el trabajo de cuidado, Nadia se revele ante tal reproducción y en ello encuentra rechazo y molestia; sin embargo, su discurso que invita al reto de las costumbres patriarcales es pronunciado abiertamente y reconocido por ella misma como resistencia, el primer paso a la toma de consciencia.

Es notable en el trabajo de cuidado, mi padre desde que yo recuerde no es de ayudar en este tipo de cosas y ni hablar de cuidar por mucho tiempo a mi hermana pequeña pues casi siempre lo hacemos mi madre o yo. Se tiene aún la costumbre de pensar que las mujeres son las únicas que pueden hacer el quehacer de la casa, como lavar ropa, los trastes, hacer de comer, entre otras. Y los hombres son los que mantienen el orden y mandan o como se dice son el “Hombre de la casa” (Any, 16 años).

Aún existe la creencia de que las mujeres son menos hábiles, menos inteligentes, más débiles que los hombres, tanto física como emocionalmente; por lo que les dan tareas “más sencillas” o “menos útiles”, porque aún la idea de que la mujer puede llegar lejos no es muy bien recibida por todos e incluso por las mismas mujeres que tienen llena la cabeza con las ideas que les ha metido la sociedad (Mario, alumno 16 años).

En mi familia, mi madre y mi abuelita siempre ordenan después de haber tenido una comida familiar, también nos piden que ayudemos, pero siempre se quedan sin ayudar los hombres que asistieron y cuando yo comenté que ellos también tenían manos para ayudar, mi madre se molestó mucho (Nadia, alumna 14 años).

Por otro lado, la integración de las actividades laborales con padres que trabajan prácticamente todo el día, hace que la dinámica familiar se reorganice, creando circuitos en que la intervención masculina y de los jóvenes sea fluida y comprometida como el testimonio de Mario muestra. Los cambios de participación en los cuidados indirectos son relatados por Adriana indicando también la integración de

² 26,171 llamadas al 911 fueron llevadas a cabo en el mes de marzo para denunciar violencia hacia las mujeres, la cifra más alta alcanzada en este servicio. En mayo disminuyó levemente, para incrementarse nuevamente en el mes de julio a 23, 386. Hasta hoy estas son las cifras más altas registradas por la Secretaría de Seguridad y Protección Ciudadana. Información obtenida a través del sitio web oficial de la Secretariado del Sistema Nacional de Protección Pública. Información sobre violencia hacia las mujeres Centro Nacional de Información. Corte al 31 de Julio de 2021. Disponible en la dirección electrónica: https://drive.google.com/file/d/1GvyelfjdWBV9f_ZOb_sZRwuPiMGBaVRr/view

sus hermanos mayores al trabajo de cuidados, la joven no omite que las salidas son restringidas para ella por ser mujer.

Tanto mi mamá como mi papá trabajan y son el sustento del hogar. Los días que no trabaja mi padre él es el que hace la comida y ayuda a las labores domésticas, los días que trabaja aun así ayuda a mi madre para vender tamales, mi madre trabaja en la mañana y prepara para el siguiente día, y nosotros ayudamos en las tareas domésticas y con la venta de tamales (Mario, estudiante, 16 años).

Pues pondré de ejemplo a mi familia, mi madre siempre era la que cocinaba, hacía la limpieza y me cuidaba, pero por la pandemia mis hermanos mayores que ya tienen más de 20 años la han ayudado en todas las tareas del hogar, claro, hay diferencias, a mis hermanos los dejan salir y ver a sus amigas, por qué son hombres se pueden cuidar solos, pero yo no puedo ver a mis amigos ni salir sola a la calle por ser mujer (Adriana, alumna, 15 años).

Concordando con la interpretación de Adriana, Dylan abona la idea sobre la desigualdad etaria en los permisos de salida, no así con la desigualdad genérica.

En cuestión de importancia de la escuela, sentimientos y trabajo en casa, no se ha presentado un trato diferente, en cuestión de permisos, no han presentado un trato distinto por el género, sino por la edad. (Dylan, alumno 15 años).

Referencias

- Ahmed, S. (2014) *Política social de las emociones*. México. PUEG UNAM.
- Araujo Guimarães N., Sumiko Hirata H. e Sugita K. (2011) *Cuidado e cuidadoras: o trabalho de care no Brasil, França e Japão*. Sociologia & Antropologia | v.01.01: 151–180, 2011. Disponible en: <file:///C:/Users/zirah/Downloads/3%20Hirata%20-%20Guimaraes%20-%20Araujo%20Cuidado%20e%20cuidadoras%20o%20trabalho%20do%20care%20no%20Brasil,%20Fran%C3%A7a%20e%20Jap%C3%A3o.pdf>
- Batthyány, K. (2020) Desigualdades de género, cuidados y estrategias estatales en contexto de pandemia. CLACSO. Conversatorio llevado a cabo el 28 de abril 2020. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=89u2C5WYLws>
- Carli, S. (2012). La experiencia estudiantil en la Universidad Pública. En: *El Estudiante Universitario. Hacia una historia del presente de la educación Pública*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 23-44.
- CEPAL (2010) *El cuidado y sus fronteras disciplinarias*, Cuadernos de la CEPAL No 94 (CEPAL, 2010), Santiago de Chile, Cap. I, pp. 25-32.
- Citro, S y Gómez. M.D. (2009) *El género en el Cuerpo*. Revista electrónica Antropología del cuerpo. Disponible en: http://www.antropologiadelcuerpo.com/index.php?option=com_content&view=article&id=236%3Ael-genero-en-el-cuerpo&catid=69%3Acuerpo-ygenero&Itemid=61&lang=es&limitstart=1
- Chaves, M. (2005). *Juventud negada y negativizada: Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea*. Revista Última Década, (23), pp. 9-32. Esquivel, V. (2013). El cuidado en los hogares y en las comunidades, Oxfam GB ISBN: 978-1-78077-473-2.
- De Lauretis, T. (2014) *Género y cultura Queer*. Conferencia llevada a cabo en Buenos Aires, 29 de abril 2014. <https://www.youtube.com/watch?v=AUKV6UrYJZA>
- Esquivel, V. y Pereyra, F. (2017) *Las condiciones laborales de las y los trabajadores del cuidado en Argentina. Reflexiones en base al análisis de tres ocupaciones seleccionadas*. Trabajo y sociedad, (28), 55-82. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1514-68712017000100004&lng=es&tlng=es
- Faur, E. (2014) *El cuidado infantil en el siglo XXI*. Capítulo 1. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- Faur, E. y Pereyra F. (2018) Gramáticas del cuidado. En: Piovani, J.I. y Salvia, A. 2018, *La Argentina del siglo XXI*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Feixa, C. (2010). *Escuela y cultura juvenil: ¿matrimonio mal avenido o pareja de hecho?* Revista Educación y Ciudad, (18) pp. 5-18.
- Filgueira F. y Martínez Franzoni J. (2019) *Growth to Limits of Female Labor Participation in Latin America's Unequal Care Regime Social Politics*. Volume 26 Number 2. pp. 245-275. Disponible en: Downloaded from <https://academic.oup.com/sp/article-abstract/26/2/245/5519013> by guest on 27 August 2019.
- Fournier M, (2017) *La labor de las trabajadoras comunitarias de cuidado infantil en el conurbano bonaerense: ¿Una forma de subsidio de "abajo hacia arriba"?*. Revista Trabajo y Sociedad. Verano del 2017
- Gutiérrez, R. L., Maldonado, L. D., González., C. B., Lozano, L. R. y García, P. C. (2021). *Aproximación al costo de oportunidad de los cuidadores menores de edad en México*. Salud Pública De México, 63(4), 530-537. <https://doi.org/10.21149/11915>
- Jelin, E. (2017) Familia. Un modelo para desarmar. En: Faur, E. (comp.). *Mujeres y varones en la Argentina de hoy*. Géneros en movimiento. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores/Fundación OSDE, 2017.
- Laplanche y Polantis E. (2015) Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires. Paidós.
- Moreno, H. (2011) *Del Inefable misterio de la feminidad*. Revista Géneros. Número 9 / Época 2 / Año 18 / marzo-agosto de 2011. págs. 121-143.
- Ochoa A. S. (2021, abril 30) *Las y los jóvenes confinados. Tensiones genéricas cotidianas durante el encierro estudiantil*. Revista De Educación Superior Del Sur Global - RESUR, (11). <https://doi.org/https://doi.org/10.25087/resur11a9>
- Pineda D., J. (2019) *Trabajo de cuidado: mercantilización y desvalorización*. Revista CS, núm. especial, 111-136. <https://doi.org/10.18046/recs.iEspecial.3218>

- Pineda D., J (2020) *Desigualdades de género, cuidados y estrategias estatales en contexto de pandemia*. CLACSO. Conversatorio llevado a cabo el 28 de abril 2020. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=89u2C5WYLws>
- Reguillo, R. (2007) Emergencia de las culturas juveniles. Estrategias del desencanto. *Enciclopedia Latinoamericana de sociocultura y comunicación*. Bogotá, Colombia. Grupo Editorial Norma.
- Serret, E. (2011) *Hacia una redefinición de las identidades de género*. Géneros Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género. Número 9 / Época 2 / Año 18, págs. 71-97.
- Serret, E. (2015) *Identidad femenina y proyecto ético*. UAM México Disponible en: <https://www.researchgate.net/publication/31725786>.
- Sorj, B. (2013) *Arenas de cuidado Nas interseções Entre gênero e Classe social no Brasil*. Cadernos de Pesquisa v.43 n.149 maio/ago. 2013. págs.478-491
- Tronto, J. (2013) *Caring democracy: markets, equality, and justice*. New York: New York University Press.
- Viveros, M. (2016) *La interseccionalidad una aproximación situada a la dominación*. <http://dx.doi.org/10.1016/j.df.2016.09.0050188-9478/>© 2016 Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género. (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).
- Zigliotto, S. (2016). *Las relaciones entre la representación hegemónica de lo masculino y las subjetivaciones*. Género y sexualidades en los relatos autobiográficos de integrantes del Colectivo Varones Anti-Patriarcales. En Silvia Lamadrid (Ed.) Revista Punto Género, 0(6) Chile. Disponible en: <https://doi.org/10.5354/0719-0417.2016.42913>